

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 34.

L47
1887

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

EN EL REINO DE ESPAÑA

CONTIENE EL ESTADO ACTUAL DE LAS COSAS EN CADA UNA DE LAS PROVINCIAS, ESPECIALMENTE EN
PORTUGAL, EN LAS ANTIGUAS Y EN LAS NUEVAS, EN LAS ISLAS, EN LOS PUERTOS, EN LAS CIUDADES,
Y EN LOS CAMPOS, EN LOS MONASTERIOS, EN LOS CONVENTOS, EN LOS COLATORIOS, EN LOS
HOSPICIOS, EN LOS HOSPITALES, EN LOS SEMINARIOS, EN LOS COLEGIOS, EN LOS ESCUELAS,
Y EN LOS CONVENTOS DE MONJES, EN LOS CONVENTOS DE HEREMITAS, EN LOS CONVENTOS DE
FRAILES, EN LOS CONVENTOS DE MONJES, EN LOS CONVENTOS DE HEREMITAS, EN LOS CONVENTOS
DE FRAILES, EN LOS CONVENTOS DE MONJES, EN LOS CONVENTOS DE HEREMITAS, EN LOS
CONVENTOS DE FRAILES, EN LOS CONVENTOS DE MONJES, EN LOS CONVENTOS DE HEREMITAS,
EN LOS CONVENTOS DE FRAILES, EN LOS CONVENTOS DE MONJES, EN LOS CONVENTOS DE HEREMITAS,

CON UNA INTRODUCCION

DE DON PEDRO MARIA VILLALBA Y DON JOSE HERNANDEZ GARCIA

EN MADRID EN LA IMPRENTA DE DON JOSE MARTIN DE LOS RIOS

EN EL AÑO DE 1844

CON MAGNIFICAS DEDICACIONES EN EL TITULO

PRIMA CENSURA DIOCESANA

EN LA CIUDAD DE MADRID

TOMO PRIMERO



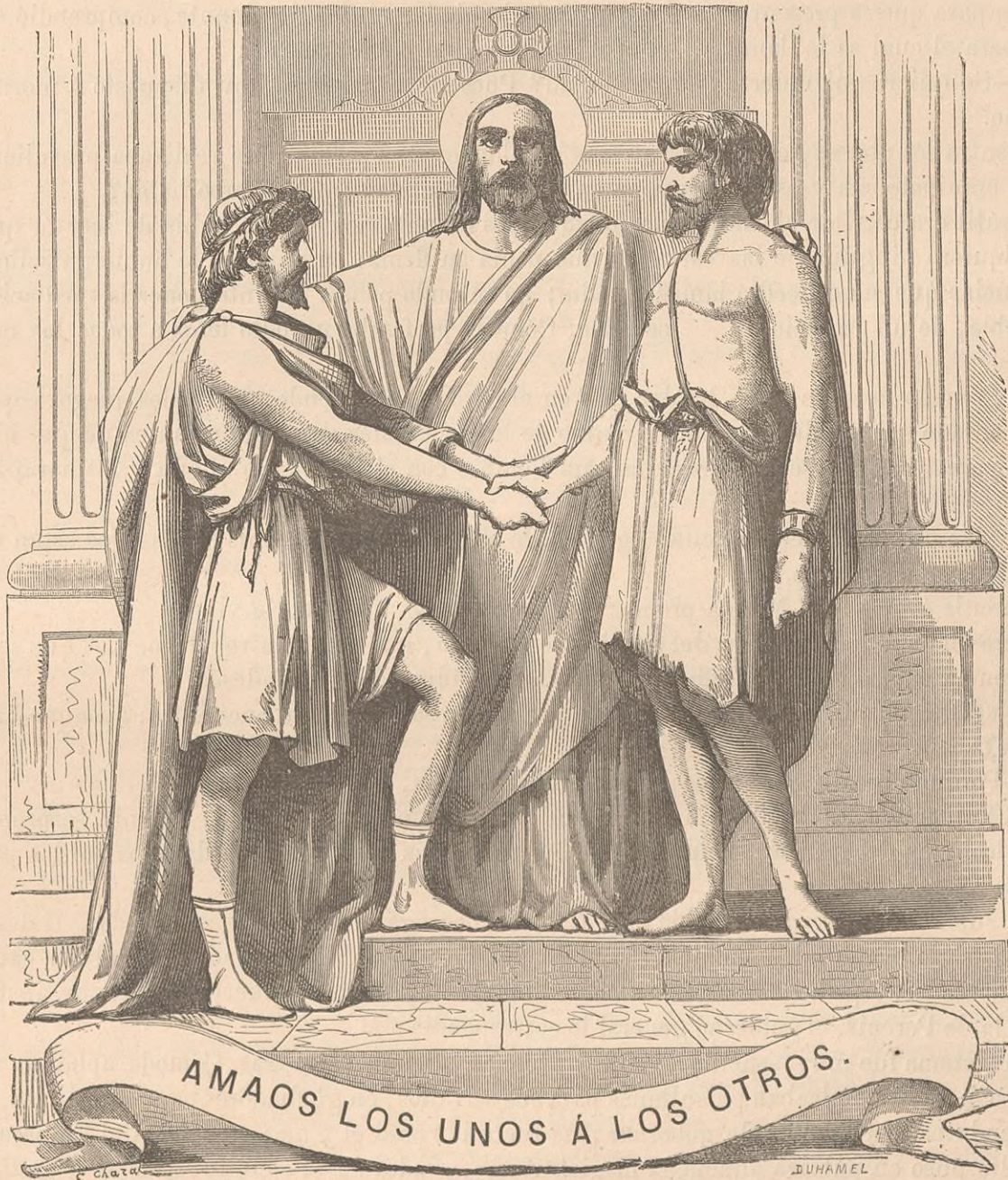
IMPRESA Y LIBRERIA DE DON JOSE MARTIN DE LOS RIOS

EN MADRID EN LA CALLE DE SAN JUAN

NUMERO 10

Quadrado 34

Su mujer fue arrojada del palacio; el estar allí la esposa de Cómodo hubiera podido parecer un tributo á viejas costumbres; en cambio deshonoró á su hermana y constituyó su cortejo con trescientos jóvenes y otras tantas muchachas escogidas de entre lo mas corrompido de Roma. Entre el ruido de los festines, en la exaltacion de la orgia, así pasaba su vida sin dictar una orden, sin leer uno solo de los edictos que se daban en su nombre, sin otorgar una audiencia.



Cansóse de su palacio; tal vez llegaba á percibir en él la sombra de Trajano, de Antonino, de Marco Aurelio, y alegando por razon que allí le era imposible conciliar el sueño, dejó el Monte Palatino para irse á habitar otro palacio en el Monte Celio. Allí estaba todo: una arena para batirse con gladiadores, termas donde se bañaba siete ú ocho veces al dia, un doble serallo; toda la corrupcion del mundo oriental, todas las infamias del mundo griego. Para hacerse la ilusion de crímenes que no podia cometer, ó renovar el recuerdo de los que habia cometido, llegó al extremo de dar el nombre de su madre á una de sus concubinas, á otra el de su mujer.

En cierta ocasion se le presentó uno de sus prefectos, adornado de su traje de ceremonia y circuido de oficiales. Cómodo, por via de entretenimiento lo arrojó vestido en la piscina en que él se bañaba, y luego le hizo bailar delante de sus concubinas.

Los personajes importantes del imperio se eclipsaron, un acto de valor constituia un crimen, una victoria ganada era fuente de sospechas, de torpes envidias que en mas de una ocasion dieron lugar á que se pagase con una muerte ignominiosa el delito de un brillante triunfo.

Ulpino Marcelo, al obtener en la Bretaña una magnífica victoria, fue llamado inmediatamente para que se presentara á Perenis. Sabedor de la política dominante, comprendió el objeto para el cual se le llamaba. La primera frase que pronunció fue:

—Se quiere mi muerte ¿no es verdad? Pues no espereis, estoy dispuesto á morir hoy mismo.

Contra los abusos, contra las atroces crueldades de Perenis, que realizaba prevaleiéndose de su omnipotencia y escudándose en su irresponsabilidad ¿qué recurso habia?

Inútil era escribir al Emperador memoriales de agravios que no habia de leer él que no leia siquiera ninguna de las cartas en que ponía su firma; en vano se le hubieran solicitado audiencias que no concedió jamás á nadie; no se pudo pensar en interponer la mediacion de un noble, de un patricio, de un senador; Cómodo profesaba un odio feroz á todas las aristocracias.

A Cómodo no se le podia hablar sino en el Circo. Presidiendo un dia los juegos capitolinos, sentado en la sede imperial, circuido de los sacerdotes de Júpiter, antes de que los actores apareciesen en escena, preséntase un hombre con el baston, la alforja y los harapos del cínico.

—«No es hora de espectáculos, grita ante el Emperador. Perenis y sus hijos están conspirando para degollarte.»

Perenis estaba allí. Manda prender á aquel hombre y quemarle vivo.

Pero viene una diputacion del ejército de Bretaña, que se habia rebelado. Los que se presentaron á Cómodo no fueron oficiales; fueron individuos de la soldadesca.

—«¿Qué me quereis, camaradas? les dijo Cómodo saliéndoles al encuentro; ¿por qué habeis venido?»

—Porque Perenis y sus hijos atentan contra tu vida, le responden.

El Emperador les da libertad para hacer del prefecto lo que quieran. Perenis, sorprendido en su lecho es decapitado; su mujer, su hermana, sus hijos son despedazados por los pretorianos.

El sucesor de Perenis no habia de ir Cómodo á escogerlo en las clases elevadas. Habia un esclavo frigio, como tal, vendido en la plaza pública: llamábase Cleandro. Ayuda de cámara del Emperador, esposo de una de sus concubinas, cómplice de la muerte de Anteros, instigador de la de Perenis, el gobierno general le correspondia á él.

Su sistema fue muy sencillo: confiscar bienes y derribar cabezas. Cómodo aplaudia: las confiscaciones se empleaban en sultanas para sus serrallos, en gladiadores para sus circos.

Siendo esta la manera de gobernar mas lucrativa para él y mas grata para el Emperador, Cleandro puso en pública almoneda magistraturas, grados en el ejército, gracias y castigos.

En una conmocion popular, la jóven Tadila se presentó al Emperador y le dijo:

—Príncipe, si no sacrificas á Cleandro estás perdido.

Cómodo dispone que Cleandro salga; tiene que pasar por un sitio donde hay apostados asesinos, y mientras la cabeza del prefecto se pasea públicamente en lo alto de una pica, Cómodo se presenta á recibir las aclamaciones de la plebe.

Acabó por querer gobernar él. Aspiró á la popularidad; ¿pero á qué popularidad? No conocia mas que una; halagar los instintos mas degradados, mas perversos de la plebe. El populacho odiaba á la aristocracia; él satisfizo esta aversion con humillaciones, con infamias, con torrentes de sangre.

La familia imperial, su esposa, sus hermanas, los amigos de su padre, todos desaparecieron de muerte violenta.

Uno de los historiadores de aquella época, testigo presencial, perteneciente al Senado, Dion Casio, escribe: «Haria pesada y hasta fastidiosa mi historia si tratase de detallar todas las muertes que hizo Cómodo, ó reproducir tan solo la lista de los nombres de aquellos á quienes condenó.»

Consecuente con sus caprichos, en cierta temporada divertíase en hacer la siega en el Senado. Un escritor contemporáneo nos cita un día de ocho senadores muertos, otro día de quince.

Entre las familias que mandó matar se cuentan las de los Silanos y los Petronios, la de Pactumeyo Magno, la de Julio Próculo.

Julio Alejandro, al verse sorprendido por los asesinos imperiales, logra desasirse de ellos, monta un brioso caballo, y huye á todo escape, siguiéndole un jóven amigo. Este jóven, rendido de fatiga, iba ya á caer en manos de los sicarios de Cómodo; Julio se abalanza sobre él y mueren los dos.

Vivian aun los hijos de Casio, que conspiró contra Marco Aurelio. Este les perdonó. Cómodo inventa un complot á fin de condenarles á morir y á ser quemados.

Hasta su religion consistia en matar. Las insignias del pontífice le hubieran parecido insoportables á no poder cambiarlas con los instrumentos del verdugo.

Al culto de Roma menos inhumano, substituyó las bárbaras supersticiones de Grecia y del Oriente. Fue menester que los adoradores de Belona se hiciesen verdaderas heridas; que en los obsequios al Dios Mithra no se fingiera el matar seres humanos, sino que se mataran en realidad; exigió que los sacerdotes de la diosa Isis se hirieran el pecho hasta ensangrentarse, y cuando no lo obtenian, él se encargaba de hacerlo.

Aspiró tambien á la popularidad de héroe; pero no de héroe que triunfa de sus enemigos en el campo de batalla; esto no cuadraba á su carácter; allí hubiera podido haber algo de legítima gloria; Cómodo no habia nacido sino para la vergüenza y para el escándalo.

Manda que se fijen edictos y que se pregone que el Emperador, en un día determinado, va á dar él mismo un espectáculo que nunca se ha visto; matará con su propia mano todas las fieras que se le presentarán, y se batirá él personalmente con los mas famosos gladiadores.

Roma, la Italia entera se dispone á asistir á la mas solemne y mas ruidosa degradacion del imperio. Nunca Trajano creyera que aquel coliseo hubiera de servir para que uno de sus descendientes arrastrase allí por el suelo la majestad imperial.

Llegó el día señalado. Cómodo se presenta vestido de una túnica de seda con mangas, el traje menos romano que podia concebirse. Despues de recibir los saludos del Senado, se reviste otra túnica de púrpura bordada de oro, una clámide griega igual á la túnica, y para bajar á la arena á hundirse en el seno de la degradacion, el sucesor de aquellos emperadores que no ostentaban diademas ni en los días de grandes triunfos, se ciñe una corona de oro enriquecida con preciosísimas piedras indianas. El caduceo de Mercurio hace las veces de cetro, y delante de él se colocan en una silla de oro las insignias del dios Hércules.

Cómodo personificó allí la patria y la religion de Roma, la monarquía y la divinidad, para ahogarlo todo en el cieno mas inmundo.

Dáse principio á la funcion. A Cómodo no le faltaba agilidad para aquellos actos. Astucia en defenderse, fuerza y sangre fria para matar no hay duda que la tenia. Nadie le negó lo que constituye la fiera; lo que se le negó, lo que le negará siempre la historia es lo que constituye el hombre; es decir, el alma, el corazon, los sentimientos.

Gracias á su agilidad, habia ya en otras ocasiones logrado salvar su vida. A consecuencia de una conspiracion, al pasar Cómodo por la galería del coliseo, se le adelantó un senador, puñal en mano, y al abalanzarse hácia él para matarle, exclamó:—«Hé aquí lo que te regala el Senado.» Cómodo fue bastante hábil para evitar el golpe.

Esta vez la habilidad del gladiador la manifestó toda; pero esta habilidad ostentada en un circo por el hombre que ocupaba la silla imperial, era por cierto bien triste gloria.

Subió á una galería elevada, á la que no podían llegar ni siquiera los elefantes con sus trompas. Manifestó ser un excelente matador. El segundo día de tan repugnante espectáculo, cien leones fueron echados á la arena. Cómodo no disponía mas que de cien flechas. No erró el tiro una sola vez.

Los juegos se coronaron con luchas de hombre á hombre. Sus adversarios no se atrevían á tocarle; él se cebaba sobre ellos, les hería, hundía la espada en su seno, la revolvía dentro de las víctimas; despues con su dedo ensanchaba la boca de la herida para enseñarla al público, y pasaba por su frente la ensangrentada mano para enjugar el sudor que de ella manaba.

Tenían que aplaudir todos, incluso el Senado.

«Cuando el Emperador se volvía hácia nosotros, escribe Dion Casio, nosotros nos levantábamos y repetíamos unas aclamaciones que nos habían sido ordenadas de antemano.— ¡Gloria al César, decíamos, á Cómodo Hércules, invencible amazon, siempre el primero, siempre señor, piadoso y victorioso.»

Aquellos infelices senadores gritaban tanto mas cuanto se creían mas amenazados.

«Hubo una hora en que nos creímos perdidos, continua escribiendo Dion, uno de ellos; porque habiendo Cómodo cortado la cabeza de un avestruz, se dirige hácia nosotros, sosteniendo con la mano izquierda la cabeza del animal, y con la derecha la espada ensangrentada. No dijo una palabra; pero nos hizo una señal dándonos á entender que nos trataría del mismo modo. En aquel momento, á pesar de su ferocidad, nos pareció á todos el Emperador tan extremadamente ridículo, que nos vino á todos una pasión de risa que no acertábamos á reprimir, cuando él manifestarla hubiera podido costarnos muy caro. Yo, para contenerme, me puse á mascar las hojas del laurel que adornaban mi cabeza, y mis colegas se apresuraron á hacer lo mismo.»

No faltó quien protestara contra tanta indignidad. Una parte del pueblo dió claras muestras de disgusto; y varios de los que asistieron se volvían no disimulando su enojo y hasta su indignación. El senador Pompeyano negóse á autorizar tanta vergüenza para el imperio y para Roma. Se le manifestó que su ausencia era notada.

—«Prefiero morir, exclamó el noble anciano, antes que ver con mis ojos al hijo de Marco Aurelio representando un papel semejante.»

No volvieron un Alejandro y un César mas ufanos de sus victorias en el campo de batalla que Cómodo de sus desgraciados triunfos en el Coliseo.

Creyóse autorizado hasta para cambiar el nombre de Roma, que quiso se llamase *Colonia Comodiana*; trocó los títulos de los meses del año queriendo que se los dedicasen á él, y él mismo se encargó de proclamarse dios. La cabeza de la colosal estatua de Neron, desde mucho tiempo había sido sustituida por la del Sol, y el coloso consagrado á este dios. Si el Sol valía mas que Neron, Cómodo se creyó valer mas que el Sol. Hízose consagrar la nueva estatua, á cuyo pié se colocó la siguiente inscripción dedicada al moderno Hércules:— «A Cómodo victorioso con su mano izquierda de mil gladiadores.»

Cómodo simbolizaba la altanera Roma que, concluida su misión, vieja ya, se estaba muriendo: Cómodo era el delirio de la última enfermedad de Roma.

LV.

Tolerancia en favor de los cristianos en tiempo de Cómodo.

Cómodo, á pesar de su sed de sangre, de sus instintos perversos, no fue perseguidor.

En medio de sus placeres, diremos mejor, de sus locuras, Cómodo no se ocupaba poco ni mucho de los cristianos.

Por otra parte, estos, por regla general, no eran ni consulares, ni senadores, ni amigos de Marco Aurelio, ni pertenecientes á la familia imperial. No influían en la política, ni trataban de hacerlo; así es que Paterno, Perenis, Cleandro, todos los favoritos del Emperador se desentendieron de unos hombres que no habían de tomar parte en el grupo de ambiciones mas ó menos legítimas que se movían en torno suyo. Los cristianos los consideraban ellos como enemigos de la religion de su patria; pero ellos, lo mismo que Cómodo, solo se ocupaban de sus enemigos personales, que hartos les daban que hacer.

Además los discípulos de CRISTO tampoco eran millonarios; sus tesoros no podían escitar la ambición, ni del Emperador, ni de sus agentes.

Cómodo, para entretener al pueblo, no necesitaba apoderarse de cristianos para echarlos al Circo; de esta diversion feroz él se encargaba personalmente; razón de mas para que se dejara á los cristianos tranquilos, pues cuando la plebe anhelase los espectáculos del Circo, sabía que el Emperador estaba dispuesto á bajar á la arena para satisfacerles, cobrando después su correspondiente paga.

No faltan autores respetables que tratan de atribuir la tolerancia de Cómodo á influencias femeniles, citándose á este efecto á Marcia, á la que suponen adicta al Cristianismo.

LVI.

¿Quién era Marcia?

Marcia, perteneciente á la clase mas ínfima de la sociedad, llamaba sin embargo la atención por su belleza, por su elegancia, por su desenvoltura, presentándose en todo como una mujer de mundo (1).

Nació de la familia de un cierto Cesonio, y se la llamó por nacimiento Demetria.

Agregada á la servidumbre de Marco Aurelio, la esclava Demetria recibió su emancipación *per stolæ dationem*.

Fue concubina de un miembro de la familia imperial llamado Umlio Cuadrato, que figuró como jefe de una conjuración contra la vida de Cómodo.

Confiscados los bienes de Cuadrato, también Demetria, llamada después Marcia, pasó á ser posesión del Emperador.

Sin dejar de sostener relaciones con el cortesano Eclecto, Marcia, mujer que á su hermosura añadía un gran apasionamiento unido á un corazón varonil, cautivó á Cómodo, llegando á dominarle por completo. Fue la favorita del harem, fue la reina del palacio, casi llegó á ser la emperatriz de Roma, recibiendo todos los honores menos el de Augusta.

Cómodo se extasiaba ante ella al verla vestida de amazona, y en este traje figura en algunas monedas al lado del Emperador.

LVII.

Marcia y Cómodo.

Cómodo no dejaba de tener sus horas de negra pesadumbre. En estos momentos de melancolía, Marcia era la única capaz de calmarle. Nadie como ella halagaba sus pasiones, diremos mejor, alimentaba sus locuras.

—¿Qué quiere hacer mi dueño? le preguntaba cariñosamente; ¿quiere que le preparemos el Circo, que le pongamos el traje verde para que vaya á conquistar nuevos triunfos? ¿El

(1) *Générís libertini, forma tamen meretricisque artibus pollens.* (Aur. Vict. Ep. XVII).

Hércules romano encuentra á faltar tal vez su piel de leon y su maza? Mi dueño sabe que soy amazona y que tambien á mí me gustan los combates. ¿Quiere que yo tome el casco y la coraza, y me vaya á combatir en las márgenes del rio Thermodon? ¿Ó bien quiere ser amazona él mismo y luchar con el traje de mujer, pero con la bravura de un héroe?

—Sí, sí, contestaba Cómodo; voy á luchar, quítame el calzado, dame una túnica de matrona tejida de púrpura y oro, que preparen el Circo de palacio, que llamen á los gladiadores para que vengan á hacerse matar por el primer gladiador del mundo. ¿Qué mataré yo? ¿hombres? ¿bestias? ¿elefantes? ¿rinocerontes? Porque yo en una sola cacería he muerto dos elefantes, cinco hipopótamos, dos rinocerontes, dos centenares de bestias, todo de un solo golpe, y he enviado un venablo á atravesar el cuerno de una gacela. Pero no; hoy quiero ahorrar sangre; mataré solo algunos impedidos y algunos cojos. Yo soy Hércules; llevadme mi piel de leon y mi maza. Estos pobres diablos serán los titanes; echareis entre sus piernas serpientes de tela de carton. Yo soy Apolo, y las rodearé de flechas.

En lo mas ruidoso de las fiestas del Coliseo, cuando Cómodo se hallaba fatigado de matar, presentábasele Marcia en traje de amazona brindándole con un vaso de vino. —«Y nosotros, escribe ingénuamente Dion Casio, estábamos obligados á aplaudir, á confundirnos con el populacho en una aclamacion inmensa, y á gritar como en los festines: ¡A tu salud!»

LVIII.

¿Marcia era cristiana?

Por lo que llevamos descrito, no se ve en Marcia el carácter de la mujer cristiana ni mucho menos.

Añádase á esto lo que sucedió en los últimos dias de Cómodo.

Celebrábase la fiesta del nuevo año 192, en cuya época los hijos de Roma solian obsequiarse con mútuos presentes. Cómodo trató de contribuir á la fiesta. Ordenó que todos los que asistieran á la solemnidad lo hiciesen vestidos de luto. Los senadores se presentaron en traje de montar á caballo y con manto, como cuando lloraban la muerte de un Emperador; el pueblo vistió aquel dia por orden imperial, no la toga, sino la *penula*, especie de capa con capuchon. El Emperador mismo vestia de negro.

Cómodo anuncia que á la mañana siguiente, solemnidad en que el Emperador desde su silla curul veia desfilar ante él para rendirle homenaje los cónsules, los senadores, los magistrados, las cosas sucederian de una manera muy distinta de lo acostumbrado.

¿Por qué hemos de vestir luto todos? ¿Qué es lo que va á suceder en Roma mañana? Hé aquí las preguntas que, no sin tímida reserva, iban corriendo de boca en boca!

El Emperador saldrá, no del palacio de Augusto, sino de la escuela de los gladiadores, donde pasa la noche; se presentará, no con la clámide imperial, sino con el vestido del *secutor* (1), acompañado, no por pretorianos, sino por gladiadores.

Marcia le pide que reflexione acerca lo que va á hacer. Todo es inútil.

Escribe en un cartel la lista de los que al dia siguiente han de ser sacrificados. Los primeros nombres son los de Marcia, su concubina; Electo, su servidor favorito, y Leto, prefecto de los guardias, hombre de su mas íntima confianza.

Despues de haber escrito estos nombres, Cómodo se echó á dormir. La lista fue á caer en manos de un niño que estaba en palacio para diversion del Emperador, y llegando á conocimiento de Marcia, esta la enseñó á Leto y á Cuadrato. Los tres hubieron acordado muy pronto el partido que les convenia tomar.

Despues de su sueño, Cómodo entra en el baño, y Marcia, cubierta de un vistosísimo

(1) Especie de gladiador.

traje, se presenta ante él, segun costumbre, con una bebida refrescante y perfumada; pero que esta vez era un veneno. Apenas la hubo bebido Cómodo, sintió gran pesadez en su cabeza, y volvió á dormirse. Marcia, Electo y Leto, despidieron á todos los que se encontraban allí, á fin de vigilar su sueño.

El Emperador despertó en estado de vértigo, y despues empezó á arrojar cuanto habia bebido. No habia que perder tiempo. Marcia y sus cómplices llaman á un atleta jóven y vigoroso. Penetra en el baño donde se hallaba Cómodo debilitado por el sufrimiento y por la embriaguez, se echa sobre él, y le ahoga entre sus brazos.

La conducta de Marcia no tuvo nada de cristiana. Un hombre, ilustre apologista, que podia apreciar tan bien los hechos como Tertuliano, supone tambien que Marcia no pertenecia al Cristianismo.

LIX.

Por qué Marcia favoreció á los cristianos.

Marcia estuvo en contacto con los cristianos y pudo apreciar lo que ellos valian. En la misma casa imperial no faltaban discípulos de CRISTO. Dos cesarianos de Cómodo lo eran, y segun parece, lo era tambien el eunuco Jacinto, que fue el que educó á Marcia.

Nada tiene de particular que, ya que Marcia no supiese practicar las virtudes del Evangelio, tuviese en mucho aprecio á los que profesaban la fe del Redentor y se atenian á sus enseñanzas morales.

Debidos sin duda á las influencias cristianas que la rodearon, se notaron en ella rasgos de generosidad y de delicadeza de sentimientos que no están en armonía con sus costumbres de cortesana de Cómodo, y mas de una vez contuvo á este cuando iba á cometer grandes atentados.

La verdad es que mientras Marcia estuvo al lado de Cómodo, á quien dominaba por completo, la Iglesia fue libre de hecho. Muchas sentencias dadas en época de Marco Aurelio dejaron de cumplirse.

Multitud de cristianos habian sido desterrados á Cerdeña; Marcia se hace dar la lista de estos por el papa san Víctor, y aprovechando una ocasion propicia, obtiene del Emperador que les abra de nuevo las puertas de su patria.

El Cristianismo durante aquel período aumentó notablemente el número de sus adeptos. Los escándalos del Emperador, la ineptitud imbecil del Senado, el desbordamiento de las pasiones mas vergonzosas no podian menos que llamar la atencion de cuantos conservasen todavía un resto de buen sentido, abriendo sus ojos para que pudiesen conocer la influencia de las instituciones paganas.

Toda persona de recto criterio habia de comprender que aquella sociedad iba á hundirse en el abismo, y que los dioses, no ya de Roma, sino los de Grecia, los de Egipto, que habia llamado en su apoyo, eran incapaces de salvarla. Muchos, desesperados del paganismo, llaman á las puertas de la fe cristiana buscando allí una tabla de salvacion.

El Evangelio iba estendiéndose por países donde antes no habia penetrado. De un rincon de la Gran Bretaña, Lucio escribe al pontífice romano Eleuterio pidiéndole instrucciones y misioneros.

No es que dejara de haber mártires en este período. El martirio era en aquel tiempo la palpitacion de la vida de la fe.

Pero los mártires de la época de Cómodo no habian de ser hombres del pueblo, personas de la última clase social.

LX.

Un senador defendiendo á los cristianos en el Senado.

En la época de Cómodo verificóse un hecho digno de llamar la atencion.

Hasta aquí hemos visto filósofos defendiendo el Cristianismo desde su cátedra, escritores que mandaban al Emperador sus apologías, pero sin que abrigasen la seguridad de que serian leídas; en la época de Cómodo vemos á un senador defendiendo al Cristianismo en pleno Senado.

Apolonio, perteneciente á ilustre familia, despues de recibir una excelente educacion filosófica y literaria, afilióse al platonismo, por creerlo la doctrina que mejor resolvía los problemas racionales. Pero las enseñanzas de Platon dejaban en su inteligencia grandes vacíos, sobre todo respecto á las relaciones con el mundo sobrenatural, y entonces Apolonio abrazó la religion cristiana, única doctrina que da solucion á todas las cuestiones que interesan al espíritu humano.

Su nombre, sus riquezas, su reputacion de persona de mucho saber conquistáronle un puesto en el Senado.

Tenia Apolonio á su servicio un esclavo que participaba del odio que contra los señores se escitaba desde las mismas alturas del trono imperial. Apolonio vióse denunciado por aquel perdido.

Habíanse puesto en vigor las ordenanzas que sometian á la pena de los calumniadores á los esclavos que denunciasen á sus dueños. El prefecto Perenis aplicó la ley con todo su rigor. Tratábase nada menos que de un senador; al esclavo se le condenó á morir en cruz y á que se le quebrasen las piernas.

Pero el denunciado era senador, era rico; pertenecía á la primera nobleza romana; razon suficiente para que Perenis no le dejase en paz.

Perenis mandó la denuncia al Senado. Allí el ilustre senador, léjos de negar su calidad de cristiano, se proclamó tal, y levantándose para hablar en su defensa, pronunció en favor del Cristianismo una elocuente apología.

El Senado entero se conmovió al escuchar aquel discurso. La ley estaba terminante. Si Apolonio se hubiese retractado quedaba libre. Pero confesó solemnemente su fe; el Senado le condenó á morir decapitado.

Otro senador que se llamaba Julio es tambien convertido al Cristianismo. Él, y los que se acusa de cómplices suyos, Eusebio, Ponciano, Vicente y Peregrino son condenados á muerte. El verdugo, al ver la constancia de los mártires en confesar la fe, al admirar su heroismo en sufrir y su grandeza de alma en perdonar, se convierte á la creencia de aquellos héroes que cuando sufren tienen ángeles del cielo que descienden á cicatrizar sus llagas.

Efecto del fanatismo de algunos idólatras fue la muerte de san Colimerio. Era obispo de Milan. Por su saber, y en particular por su celo, fue uno de los prelados mas ilustres de su época, estendiéndose su reputacion por toda la Liguria y una gran parte de Italia. Unos gentiles se echaron sobre su venerable persona, queriendo forzarle á renegar de JESUCRISTO; y en vista de la inutilidad de su pretension le aturdieron á golpes; y despues de atravesarle con una espada le arrojaron á un pozo.

Solo durante el gobierno de Perenis se hicieron algunos mártires en la época de Cómodo. ¿Se resintió de ello Marcia, y hubo con el Emperador, respecto al particular, algun choque de influencias? Ello es que Marcia se declaró hostil á Perenis y que contribuyó no poco á su desastrosa caída.

LXI.

Cómo se aprovecha la Iglesia de este período de paz.

Tras de la muerte de Cómodo sobrevinieron en el imperio hondas perturbaciones. La política se limitó por bastante tiempo á una lucha de intereses los mas bastardos, de pasiones las mas innobles, ¿quién habia de ocuparse del Cristianismo entonces?

Los cristianos no tomaban la menor parte en aquellas luchas. Ajenos á todo partido, respetaban el principio de autoridad, fuese quien fuese su representante.

Absorbiéndolo todo las ambiciones personales, los cristianos, que prescindian de ellas, aprovechaban la tranquilidad que se les dejaba en estender el Evangelio.

No hay region, no hay pueblo en donde no se encuentren cristianos. Se empieza á hallarlos en los municipios, en los puestos de la magistratura, en el Senado mismo. Apenas hay un juez, un procónsul que no los tenga en su propia casa.

«Fuimos de los vuestros,» dice Tertuliano. «Los cristianos, añade refiriéndose al espíritu de propaganda de aquella época, no nacen, se hacen (1),» significando con esto que eran mas numerosos los que habian desertado de las filas del gentilismo, que los que recibieron la fe de sus padres.

Repitióse entonces el fenómeno constante de que cuando cesaba la persecucion sangrienta arreciaba la persecucion doctrinal.

Pero para arrollar á los herejes sobraban los apologistas.

Nótase en este período una particular recrudescencia de la herejía montanista, tan propia para seducir la imaginacion con su aparato de misticismo, su cortejo de inspirados y de profetas.

De esta lucha iniciada por los montanistas y otros herejes, y aceptada por los católicos, habian de resultar sus beneficios. Fijábase mejor la inteligencia del dogma cristiano, se dibujaba de un modo claro la órbita dentro de la cual debia moverse el sentimentalismo místico, señalábanse bases sólidas para evitar las dudas del espíritu, las oscilaciones del corazon.

El montanismo era un impulso impreso por el orgullo á las esferas de la razon y el sentimiento cristiano que, rodando fuera de los espacios de la fe, se reducian á polvo en sus mútuos choques.

Uno de los principales adversarios del montanismo fue Apolonio, que reprocha á los montanistas el que con sus enseñanzas atentan á los sagrados lazos de la familia, imponen severidades que no vienen sancionadas en el Evangelio y hacen odiosa y repulsiva la moral cristiana, mientras de parte de los heresiarcas no se descubre mas que un bajo egoismo, y sus mujeres inspiradas venden profecias en cambio de oro y de aderezos, cosa que no está por cierto en armonía con el desprendimiento y la humildad cristiana. Recuerda hechos escandalosos que han tenido que ser sometidos á la accion de la justicia, y pregunta si son estos los frutos del Espíritu Santo, de que habla tan frecuentemente la secta.

Figura tambien en este sentido Scrapion, que ocupó la sede episcopal de Antioquía, ilustrada con tan grandes recuerdos.

Para contener los progresos de la invasion montanista dirigió una carta á Poncio y á Carico, en la cual prueba, no solo por la autoridad de los Padres, sino por el acuerdo unánime de todas las Iglesias, que el error de Montano debe rechazarse como opuesto á la tradicion y á las doctrinas apostólicas; carta que lleva la firma de multitud de obispos, para revestirla de esta suerte de mayor autoridad.

(1) *Apol.* 18. V.

A estos apologistas ilustres deben añadirse los nombres de Rhodon, Hipólito y tantos otros, cada uno de los cuales, según su estilo y su modo de ver particular, combaten á la herejía en sus diferentes formas.

LXII.

Un mártir apóstata haciéndose heresiarca.

Hemos hablado anteriormente de las herejías judaizantes y gnósticas: unas y otras aspiraban á la absorcion de la religion cristiana, aquellas en el judaismo, estas en el paganismo.

A fines del siglo II notamos una nueva etapa en la senda de la herejía. Lo que entonces aparece no es el montanismo con sus místicas exageraciones, es el racionalismo, que empieza ya á iniciarse.

En la cuna de las herejías racionalistas vemos un doble misterio de cobardía y de soberbia á la vez.

Teodoto que, aunque no era mas que un curtidor de Bizancio, poseia, no obstante, una vasta instruccion, fue compelido en la época de Marco Aurelio á comparecer ante los jueces en su carácter de cristiano. Teodoto se amilanó en presencia del tormento, y salió de sus trémulos labios una negacion de JESUCRISTO con la cual compraba su libertad.

Caro pagó su delito. Las gentes le señalaban con el dedo, huían de él, sentíase en torno suyo la atmósfera asfixiante que se siente en torno de un traidor.

Aburrido, desesperado, Teodoto huye de su ciudad creyendo poder vivir ignorado en la populosa Roma. Pero Teodoto la apostasía la llevaba marcada en su frente. No eran los otros los que le perseguían, era su propio aguijón, eran sus remordimientos; Teodoto, por mucho que hiciese, no podia huir de sí mismo, de su propia conciencia.

Solo le quedaba un recurso; borrar su vergüenza entrando de nuevo en el Cristianismo por la puerta de la humildad: Teodoto no tuvo valor para tanto.

Su exasperacion se convirtió en despecho. Ya que carece de fuerza para confesar su delito, será bastante insensato para gloriarse de él. A los que le censuran Teodoto contesta:

—No es de un Dios, sino de un hombre de quien he renegado.

—¿Y qué hombre es este? le preguntan.

—El CRISTO; responde Teodoto con loca altanería.

Para él, JESUCRISTO en adelante ya no será mas que un hombre, y la Escritura un libro cualquiera que él se encarga de suprimir, adicionar ó alterar á su gusto.

El apologista Cayo refutó el naciente racionalismo; el papa san Víctor lo condenó.

LXIII.

Tolerancia de Septimo Severo en el primer período de su reinado.

Roma no se apercibió de la muerte de Cómodo hasta tanto que Marcia, Leto y Electo quisieron dar noticia de ella.

Interesábales á estos el escoger por sí mismos al nuevo emperador, porque solo un hombre que les debiera el carácter imperial podia perdonarles su delito.

Habia en Roma un prefecto llamado Pertinax. Su cuna no podia ser mas humilde. Nació en una region desierta de los Apeninos. Su padre era un carbonero, y hasta él se dedicó á la industria de secar la leña de modo que no diese humo.

Recibió alguna instruccion, y deseando crearse una posicion, un nombre, afilióse en el

ejército, puerto donde se refugiaban en aquel tiempo los desesperados de todas las carreras.

Hijo de un esclavo, este carácter fue para él el principio de su fortuna, pues el consular Loliano Avito, patrono de su padre, se constituyó en su protector, debiendo á su influencia el tener mando en la caballería. Ascendió á general, fue gobernador, y habiendo caído injustamente en desgracia en tiempo de Marco Aurelio, este reparó la injusticia nombrándole prefecto del pretorio, y Cómodo, mas adelante, prefecto de Roma.

Asesinado Cómodo, despues de una larga deliberacion entre Leto, Electo y Marcia, Leto y Electo toman algunos soldados y se dirigen á Pertinax.

Este, al ver entrar en su aposento á dos favoritos del Emperador, en la media noche y seguidos de soldados, creyóse condenado á muerte por otro de los caprichos imperiales, y sin incorporarse siquiera, al verles entrar dijo con la mayor sangre fria:

—Os esperaba. Mucho habeis tardado en venir. Cumplid con vuestras órdenes.

Leto le tranquiliza diciéndole:

—Te engañas. El tirano ha muerto, y á lo que venimos es á entregarte el imperio.

La noticia de la muerte de Cómodo divulgóse inmediatamente, y antes de amanecer la muchedumbre agrupóse á las puertas de los templos, que hizo abrir antes de hora, á fin de dar gracias á los ídolos, mientras que otros corrian á felicitar á los senadores.

Leto y Electo piden á Pertinax que les siga, y le conducen al campo de los pretorianos, seguido de una gran multitud de pueblo, que anda aclamando al nuevo Emperador, y pide á las tropas que le reconozcan.

—«Cómodo ha muerto de un ataque de apoplejía, exclamó Leto, no atreviéndose á cargar con la responsabilidad de su asesinato. No ha muerto él; le han muerto sus vicios, añade. Aquí teneis al emperador que os proponemos.»

Pertinax dirige á las tropas una arenga en que ofrece á los pretorianos espléndidas liberalidades, aunque cometiendo la imprudencia de anunciar que corregiria la indisciplina.

Ejército y plebe, ostentando coronas de laureles, le conducen al palacio del Monte Palatino, abandonado desde la muerte de Marco Aurelio.

Faltaba presentarse al Senado. Pertinax no compareció allí como emperador, sino como senador que era, ordenando que se suprimiese toda recepcion oficial.

Ya entre sus colegas, despues de saludarles respetuosamente, les dice:

—«Los soldados me han proclamado emperador; yo rehusó serlo, y vengo aquí á abdicar el imperio. Así me lo ordenan mi edad, mi salud y lo difícil de las circunstancias.»

El Senado contestó con una aclamacion entusiasta, y la abdicacion no fue admitida.

No faltaba entre los senadores un partido de oposicion que hubiera deseado se pasase á la república. Uno de este partido, el cónsul Talcon, no tuvo reparo en decir:

—Lo que será tu imperio, nosotros lo adivinamos ya, pues vemos á tus espaldas á Leto y á Marcia, á estos incitadores de las tiranías de Cómodo.

—Eres muy joven, Cónsul, contestó tranquilamente Pertinax; y no sabes á dónde lleva la necesidad de obedecer. Leto y Marcia obedecieron á Cómodo á pesar suyo; tan pronto como les ha sido posible se han apresurado á manifestar lo que sentian en el fondo de sus corazones.

Cómodo descendió á la tumba entre feroz gritaría de maldiciones. Se le apodaba el Gladiador, el Bufon, el Verdugo, el Parricida, la Peste.

Pero donde estalló con toda su fuerza el volcan de odio que el tirano habia hecho arder á sus piés fue en el Senado.

—¡Destronad al parricida! gritaban.

—¡Haced pedazos al enemigo de la patria, al gladiador!

—¡Que se le eche en el espoliario!

—¡Sí, sí; el enemigo de los dioses, el verdugo de nuestros colegas que vaya al espoliario!

—¡El que asesinó á inocentes, que sea colgado en un garfio!

—¡El que no ahorró siquiera la sangre de su familia, que sea colgado en un garfio!

—¡Que se derriben inmediatamente las estatuas del enemigo de Roma!

—¡El que despojó los altares, redujo á la nada los testamentos, el que condenaba á inocentes á fin de que le dieran una cantidad espantosa, que le cuelguen en un garfio!

Vendiéronse por orden de Pertinax todos los objetos del ajuar de Cómodo, túnicas, clámidas, corazas, espadas con adornos de oro, cediéndose el precio á los pretorianos.

Pertinax dió pruebas de una virtud catoniana. Se trató de otorgar á su mujer el dictado de Augusta; Pertinax creyó mas conveniente el que no se diera semejante título á una mujer que no estaba exenta de defectos. El Senado decretó para su hijo el título de César. Pertinax contestó:

—«Llevará el título de César cuando lo haya merecido.»

Trató de restablecer en su vigor la disciplina militar. Pertinax ante todo era soldado, quería el esplendor del ejército, y se consagró á esta tarea con vigor y actividad.

Creía él que Roma se debilitaba, se envilecía en las ociosidades de una paz que no estaba conforme con su carácter.

—Volvamos á ser un pueblo de soldados; esta fue la consigna del imperio de Pertinax.

Semejantes disposiciones no eran del gusto de los pretorianos. A aquella milicia, que se hartaba de riquezas para derramarlas en la ociosidad y en el vicio, le gustaba un emperador como Cómodo, que era no mas que soldado de anfiteatro. Empezó, pues, á cundir entre ellos el descontento.

Se conspiraba públicamente, á la vista misma de Pertinax. Apenas se instaló en el Monte Palatino, cuando los pretorianos quisieron apoderarse del senador Triario Materno Lascivio, para proclamarle emperador. Al saberlo, este huyó desnudo de su casa, pidiendo un refugio en el mismo palacio de Pertinax.

El cónsul Falcon conspiraba á la luz del día.

Al fin la conjuración estalló entre los pretorianos. Trescientos de estos, en representación de sus camaradas, se echan espada en mano por las calles de la ciudad. Nadie les detiene. La única persona que da aviso al Emperador es su mujer. Envía al campamento á Sulpiciano y se queda entre los rebeldes; envía despues á Leto, y este huye.

Pertinax, por consideración á los ayudas de cámara de Cómodo, no les había despedido del palacio. Estos abrieron las puertas á los revoltosos. Atraviesan los pórticos, se introducen en el comedor llamado de Júpiter.

Pertinax, solo, con la frente descubierta se adelanta hácia los sublevados.

Pertinax era todo el tipo de un soldado. Aquel hombre de blanca cabellera echada hácia atrás, de lengua barba que le caía sobre el pecho; aquel hombre que no teme ante los mayores peligros, les dirige la palabra con su ruda franqueza militar.

—«Podeis matarme, les dice; ni lo siento, ni lo temo. Pero al matar á un conciudadano al que no podeis reprochar nada, ni siquiera la muerte de Cómodo, ¿vais á ganar otra cosa que la vergüenza hoy y el castigo mañana?»

Esta actitud les impone; pero cuando las espadas vuelven á envainarse, adelántase un soldado de raza germánica, y echando su lanza al pecho de Pertinax, grita:

—Este es el obsequio que te envían tus tropas.

Pertinax se envuelve en su túnica, invoca á Júpiter vengador, y se deja matar.

Dion Casio comenta su muerte diciendo:

—«Sucumbió por haber querido reformarlo todo en poco tiempo. Aunque su experiencia era grande, no acertó á comprender el peligro que hay en querer corregir en masa todos los abusos. Mas que ninguna otra cosa, la política necesita tiempo y prudencia.»

El pueblo, al volver de su estupor, pasada la primera impresión, enfurecióse contra los pretorianos. Estos, que paseaban por las calles la cabeza de Pertinax colgada en una pica, al ver la consternación de Roma, creyeron conveniente correr á encerrarse tras las murallas del campo pretoriano.

El prefecto de Roma, Sulpiciano, que se encontraba allí, no pudiendo salvar ya á Pertinax, concibió la idea de sucederle. Empieza, pues, á intrigar y á prometer dinero en abundancia.

Vióse luego rondar por los alrededores del Senado á Didio Juliano. Para aspirar al imperio su principal título era su inmensa fortuna.

Dos oficiales habian ido á la ciudad para ver si encontraban alguno que les hiciera mejores proposiciones que el prefecto de Roma, y al encontrarse con Didio Juliano condujéronle inmediatamente al campamento.

Allí tuvo lugar un hecho que es tal vez el mayor escándalo de la historia. La sede imperial de Augusto, de Trajano, de Antonino, fue puesta materialmente á pública subasta.

Presentáronse dos licitadores.

La subasta se hacia en toda regla. Sulpiciano dentro del campamento y Didio Juliano fuera hacian subir sucesivamente el valor del imperio puesto en venta.

Sulpiciano ofrece ya una cantidad enorme: 5,000 dineros de plata por cada pretoriano. Desde lo alto de los muros se comunica esta cantidad á su competidor; este, alargando los cinco dedos de la mano, hace señal de que aumenta la cantidad en 5,000 sextercios. El imperio fue adjudicado á este como á mayor postor.

Desde luego proporcionan á Juliano una escalera para que suba á la muralla á recibir los abrazos de su ejército. Se le da y acepta el nombre de Cómodo, declara abolidos los reglamentos disciplinares que habia dado Pertinax, deja que los pretorianos escojan los dos prefectos que mas les acomoden, y aquel ejército coloca en su bandera la imágen del nuevo César.

El flamante Emperador entra en la capital rodeado de numerosas tropas; los escudos colocados sobre las cabezas evitan los ataques que pudiesen venir desde las ventanas contra el César ó su cortejo.

Entre una escolta imponente y amenazadora, Didio Juliano atraviesa las calles de la ciudad, dirigiendo á todas partes afectuosos saludos con la sonrisa pintada en los labios. Pero no se le responde ni con una aclamacion, ni siquiera con un saludo; lo que percibe es un rumor sordo que no tiene para él nada de lisonjero.

Didio Juliano no era nada mas que un epicúreo. Llega á su morada del Monte Palatino circuido de los parásitos y licenciosos que le ayudan á derrochar su fortuna.

El cuerpo de Pertinax nadaba aun en su propia sangre.

Didio Juliano, teniendo en torno suyo á su esposa y á su hija, encontró aun la cena preparada para Pertinax, y burlándose de la sobriedad del difunto, hizo que se le trajesen multitud de manjares raros, mandó llamar al bailarín Pylades; en una palabra, aquel imperio comenzó con una orgía escandalosa.

Al dia siguiente el Emperador tiene que presentarse en el Senado. Al atravesar las calles de Roma, ya no es únicamente el siniestro silencio del dia anterior lo que le sorprende, son piedras que ruedan sobre su cabeza.

Llega á las puertas de la Curia, y hace, como de costumbre, el sacrificio en el altar de Jano; entonces se percibe una inmensa gritería, en la cual pueden distinguirse voces como estas:

—¡Ladron del imperio, deja la púrpura! ¡Mala suerte te concedan los dioses!

En el Senado dominaba un degradante servilismo que contrastaba con la actitud de las masas. Aquellos senadores cometieron la bajeza de conceder á la esposa y á la hija de Juliano el título de Augustas, y regalarle á él una estatua de plata. El Emperador se negó á admitirla.

—Hacedme una de bronce, dijo con altanería, y así durará mas.

Al salir del Senado, la oleada popular era imponente. Dirigia Juliano palabras que nadie acertaba á entender en medio de aquel tumulto; entonces gesticulaba como un energúmeno, señalando la pieza de oro que daria por cada ciudadano; y la multitud se erguia amenazadora para gritar:

—¡No la queremos, no la queremos!

Añádase aquí un signo de mal presagio con que se inauguró aquel imperio.

Mientras el Emperador hacia el sacrificio de inauguracion al lado de un sol brillante, aparecieron en pleno dia tres estrellas. Roma interpretó aquella señal por los tres ejércitos de Siria, Bretaña é Iliria, que habian de ir á libertar á Roma del intruso Emperador.

Al frente de los tres ejércitos habia tres generales ilustres, Niger, Albino, Séptimo Severo.

Niger era un militar de aspecto aristocrático, de bella fisonomía, adornada de bien compuesta cabellera, de voz simpática y armoniosa: justiciero con la soldadesca: era estimado del soldado que queria cumplir con su deber.

En su ejército no se bebia vino. Una vez que se le amotinaba la tropa pidiéndole de beber, él con digna actitud les contestó:

—Teneis el Nilo.

No permitia ni oro ni plata en los adornos de sus subordinados.

—No debemos, decia, enriquecer al enemigo en caso de una derrota.

Complaciase en vivir entre los recuerdos gloriosos de la antigüedad romana; así es que teniendo á la vista aquellos grandes hombres, se manifestó poco susceptible á la vanidad.

Un retórico trató de hacer ante él su panegirico.

—Dedícate, le dijo, á escribir los elogios de Anibal, de Mario ó de otro general ilustre. Es una irrisión panegirizar á los vivos, principalmente cuando ellos pueden hacer nuestra fortuna ó nuestra desgracia.

Por su reputacion, por su nombre, por sus virtudes, y hasta por su majestuoso talle, Niger era un general que contaba con grandes simpatías, mayormente en las clases populares y en el ejército mismo que admiraba á aquel jefe que en el campamento comia lo mismo que el último de sus soldados, y cuyos esclavos, en vez de llevar muebles de lujo para el general, no llevaban otra cosa que su racion de soldado.

Siendo una escepcion en la regla general de los jefes gentiles, Niger era casto, por lo que en la Galia se le invistió de una especie de sacerdocio druídico, para el cual la primera condicion era la castidad.

Otro de los que podian aspirar al imperio era Claudio Albino. Este personaje, de voz dulce, de cutis mas blanco de lo que correspondia á su sexo, simpatizaba en particular con el elemento aristocrático.

Jefe de las legiones de Bretaña, que, léjos de Roma, se habian creado unas costumbres especiales, y hasta cierta independendencia, no dejaba de contar con poderosos recursos para imponer su voluntad.

Cómodo le envió una vez el manto de púrpura y el titulo de César; Albino rechazó el presente diciendo que tales consideraciones él no estaba dispuesto á aceptarlas sino del Senado.

Séptimo Severo era un africano que guardó siempre el acento propio de raza, hombre ya de edad, sin calidades físicas, sóbrio en sus costumbres, rudo en el trato, pero de carácter activo y constante en sus propósitos.

Habia sido jurisconsulto, filósofo, astrólogo, elevado al gobierno de las provincias, y mas tarde al mando de los ejércitos.

Su juventud fue tempestuosa, agitada por pasiones violentas é indignas. Tuvo que comparecer ante Juliano por una acusacion de adulterio, y se le delató en distintas ocasiones por las artes supersticiosas á que se dedicaba.

Niger, al recibir la noticia de la elevacion de Didio Juliano, reúne al pueblo, invoca el patriotismo de sus tropas, y estas le proclaman César.

En las orillas del Danubio, á las puertas mismas de la Italia, tenia lugar una lucha semejante. Las tropas incitaron á Severo á que aceptase la púrpura, y tomando el nombre de Pertinax, se encargara de vengar su muerte. Severo aceptó al fin, sin que se le ocultara que tendria en Niger y en Albino dos rivales. A Albino le ganó con la promesa de asociarle al imperio.

Contando ya con este, se dirige á la capital, rodeando su persona de una guardia de seiscientos hombres escogidos que juran no dejar sus corazas hasta haber acompañado al nuevo Emperador al Monte Palatino.

Los pretorianos se disponen para oponerse á la entrada de Severo en Roma; pero los pretorianos no son otra cosa que un ejército de parada; Roma misma toma como objeto de diversion los preparativos de guerra de aquella imbecil milicia, y es asunto de la burla general el ver que se escogen para elefantes de combate los que servian para el coliseo, y que arremeten contra los caballos y derriban grotescamente á sus conductores.

Juliano se fortifica en su propia casa, y ordena que los pretorianos levanten murallas y las rodeen de fosos; pero era una gente que no servia ni para combatir ni para trabajar.

Revolviéndose furioso en su impotencia, cree halagar á las masas y á la soldadesca derramando sangre. Leto es condenado á muerte; Marcia sufre tambien igual suerte.

No tardó en saber que á Severo todas las ciudades le abrian las puertas, y que su paso por Italia era un triunfo, pues las poblaciones corrian á presentársele con himnos, incienso y guirnaldas de flores.

El prefecto del pretorio, por orden de Juliano se dirige á tomar el mando de la flota y se encuentra con que Severo se habia ya apoderado de ella.

Manda una comision del Senado á contener con su autoridad al general rebelde, y estos senadores, al ver á las tropas de Severo, pronuncian arengas entusiastas en su favor.

Didio Juliano, en su desesperacion, se presenta al cuerpo senatorial, y les dice:

—«No hay mas que un recurso para salvar á la patria, y es que todos, senadores, cónsules, sacerdotes, vestales, con sus pretextas, con sus majestuosos vestidos, corten el paso á Severo, como lo hizo Veturio ante Coroliano.»

La cosa era muy dramática, y aquellas tropas de Severo no estaban por escenas teatrales.

El Senado contestó al Emperador:

—Quien no sabe combatir tampoco debe reinar.

Se escribió á Severo por si queria compartir el imperio con Juliano, á lo que contestó: que preferia tener á Juliano por enemigo antes que por colega.

Severo logra fijar sus proclamas en la misma Roma, y en ella promete á los soldados la vida y la impunidad, con tal que le denuncien á los asesinos de Pertinax. Entonces el desaliento de que estaban poseidos los pretorianos se manifestó públicamente, declarándose prontos á acogerse á la magnanimidad de Severo.

El Senado mismo, consecuente con su conducta de abandonar al que veia perdido, dicta contra Juliano un decreto de muerte, proclama á Severo emperador, y concede á Pertinax los honores de la apoteosis.

Entonces un soldado se encamina al Monte Palatino para cumplir el decreto de los senadores, y Juliano, echándose en tierra, se deja matar por aquel hombre en un rincon de la terma imperial, no saliendo de su boca mas que estas palabras:

—¿Pero qué he hecho?

Juliano murió como una imbecil mujer.

Los pretorianos se dirigen á encontrar á Severo para oir de su misma boca cuáles son las dádivas que está dispuesto á otorgarles. Se le presentan sin armas, en traje de fiesta, coronados de laurel, ostentando solo en su cinto la corta espada que siempre traian consigo.

Severo dispone que le aguarden, pues quiere hablarles.

Efectivamente se presenta á los pretorianos. Su rostro estaba sañudo, su actitud amenazadora.

Con palabras vehementes Severo recuerda á aquellos hombres aterrados su perfidia hácia Pertinax, su bajeza hácia el imperio que han vendido como una mercancía, su indignidad hácia Juliano, á quien abandonan cuando mas los necesita.—«Os hago gracia de la vida, exclama con acento imponente; pero vais á ser desposeidos del traje militar. Luego os retira-

reis; y ninguno de vosotros, bajo pena de muerte, se acercará á Roma á una distancia de cien millas.»

Se les quitaron sus puñales adornados de oro y plata, se les arrancaron los cinturones y demás insignias militares, se ordenó á los que iban montados que dejaran sus caballos, despidiéndoles casi desnudos.

Severo llega á Roma á caballo y con el uniforme militar; mas al llegar á las puertas de la capital, viste la toga, y entra en ella á pié como un simple ciudadano.

Tomada ya posesion de la sede imperial, se hace indispensable ir á combatir á Niger. Las tropas de Severo tenian en su favor mayor robustez y mejor táctica.

Los dos ejércitos se encuentran junto á Perinto. Pero Niger observa que un águila se ha parado sobre la punta de su estandarte y que unas abejas fabrican miel en una de sus estatuas, cree estos signos de mal augurio, y se retira á Bizancio.

La expedicion de Severo en Oriente fue coronada del mayor éxito.

No tardó en presentarse á Severo la cabeza de Niger que las legiones orientales habian aclamado Emperador, y al que los pueblos de Asia llamaban el *Justo*.

Fingiendo aprecio y hasta familiaridad, escribe á Albino una carta llena de frases afectuosísimas.

«Te suplico, hermano de mi alma, hermano de mi imperio, que pongas en los negocios públicos este tu corazon que me es tan querido... Conserva tu ejército para la República y para nosotros, mi muy bueno, mi muy querido, mi muy íntimo amigo.»

Esta carta Severo la envió á Albino por conducto de unos hombres que traian la mision de asesinarle. El proyecto de asesinato fue descubierto. Desde entonces fue menester que Severo y Albino vinieran á las manos.

Severo, á la cabeza de sus tropas, sin darse un momento de reposo, caminando á marchas forzadas hasta en los dias de fiesta, andando larguísimas jornadas á pié, con la cabeza desnuda, desafiando el sol de los valles y el frio de los montes, sin detenerse ante la inclemencia de los elementos, se encamina á encontrar á su rival.

En Viminia, sobre el Danubio, Severo proclama César á su hijo Basiano, de nueve años de edad, y la púrpura que coloca sobre las espaldas de este niño es la destitucion de Albino de su carácter de César. Aquel dia arenga á las tropas y hace que declaren á su rival enemigo público.

Severo empieza por cerrar los Alpes á Albino, y echa sobre las Galias numerosas hordas de aventureros que le estorben la marcha.

La primera batalla que se dan los dos candidatos á la sede imperial no fue favorable para Severo, que se vió arrojado de su caballo, en grave riesgo de perder la vida, y que para evitar el caer prisionero tuvo que hacer pedazos su manto de púrpura y permanecer escondido.

Julio Leto logra rehacer á la tropa de Severo, á quien cree ya muerto. Renuévase la accion, y en lo mas crudo de la batalla, Severo, que ha recobrado ya su caballo y ha podido hacerse con un manto de púrpura, aparece en medio de los combatientes, escita el ardor de los suyos, y obtiene la mas completa victoria.

Albino tiene que refugiarse en una cabaña en las márgenes del Ródano, donde se da la muerte. Al presentarle á Severo su cuerpo animado aun de un resto de vida, el vencedor se complace en insultarle, manda que le golpeen la cabeza, hace aplastar sus restos por su propio caballo, y despues de destrozar el cadáver, lo echa al Ródano, escepto la cabeza que manda al Senado con una carta llena de insultos.

Despues de Albino era echada al Ródano tambien la esposa y los hijos de este, á pesar de ofrecer que les perdonaria la vida, y empieza en grande escala las proscripciones en todo el imperio.

Inaugúrase en Roma un sistema de terror. Es inmolada toda la familia de Niger, y quebranta Severo el juramento que tenia prestado de no condenar á muerte á ningun senador,

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Esta obra monumental, que ha costado a sus editores más de diez años de trabajo, es la más completa y detallada que se ha publicado en España. Comprende la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente, con especialidad en la historia de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. La obra está dividida en veintidós tomos, que se publican a medida que se completan. Cada tomo contiene un texto principal, acompañado de numerosas ilustraciones, mapas y documentos originales. El precio de cada tomo es de 20 rs. en el comercio, y de 15 rs. en el de suscripción. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra monumental, que ha costado a sus editores más de diez años de trabajo, es la más completa y detallada que se ha publicado en España. Comprende la historia de Francia desde los tiempos más antiguos hasta el presente, con especialidad en la historia de los reinos de Francia, Borgoña y Provenza. La obra está dividida en veintidós tomos, que se publican a medida que se completan. Cada tomo contiene un texto principal, acompañado de numerosas ilustraciones, mapas y documentos originales. El precio de cada tomo es de 20 rs. en el comercio, y de 15 rs. en el de suscripción. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Esta obra monumental, que ha costado a sus editores más de diez años de trabajo, es la más completa y detallada que se ha publicado en España. Comprende la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente, con especialidad en la historia de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. La obra está dividida en veintidós tomos, que se publican a medida que se completan. Cada tomo contiene un texto principal, acompañado de numerosas ilustraciones, mapas y documentos originales. El precio de cada tomo es de 20 rs. en el comercio, y de 15 rs. en el de suscripción. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total.

EL REMORDIMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Esta obra monumental, que ha costado a sus editores más de diez años de trabajo, es la más completa y detallada que se ha publicado en España. Comprende la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente, con especialidad en la historia de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. La obra está dividida en veintidós tomos, que se publican a medida que se completan. Cada tomo contiene un texto principal, acompañado de numerosas ilustraciones, mapas y documentos originales. El precio de cada tomo es de 20 rs. en el comercio, y de 15 rs. en el de suscripción. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Esta obra monumental, que ha costado a sus editores más de diez años de trabajo, es la más completa y detallada que se ha publicado en España. Comprende la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente, con especialidad en la historia de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. La obra está dividida en veintidós tomos, que se publican a medida que se completan. Cada tomo contiene un texto principal, acompañado de numerosas ilustraciones, mapas y documentos originales. El precio de cada tomo es de 20 rs. en el comercio, y de 15 rs. en el de suscripción. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total.

GALERIA CATÓLICA.

Esta obra monumental, que ha costado a sus editores más de diez años de trabajo, es la más completa y detallada que se ha publicado en España. Comprende la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente, con especialidad en la historia de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. La obra está dividida en veintidós tomos, que se publican a medida que se completan. Cada tomo contiene un texto principal, acompañado de numerosas ilustraciones, mapas y documentos originales. El precio de cada tomo es de 20 rs. en el comercio, y de 15 rs. en el de suscripción. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total.

VOCES PROFÉTICAS

Esta obra monumental, que ha costado a sus editores más de diez años de trabajo, es la más completa y detallada que se ha publicado en España. Comprende la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente, con especialidad en la historia de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. La obra está dividida en veintidós tomos, que se publican a medida que se completan. Cada tomo contiene un texto principal, acompañado de numerosas ilustraciones, mapas y documentos originales. El precio de cada tomo es de 20 rs. en el comercio, y de 15 rs. en el de suscripción. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total. La obra se publica en el comercio a 420 rs. en total, y en el de suscripción a 300 rs. en total.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas. — Van publicadas 84 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de a Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geografica, civil y politica, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José Maria Rodriguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo Maria Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentisimos é ilustrisimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.